

# EL ENCONTRARSE EN LA MISIÓN Y EN LA VIDA COMPARTIDA DE LOS LAICOS Y LAS/OS RELIGIOSAS/OS, LO ES TODO

P. José María  
Arnaiz Tubilleja, SM\*

---

\* Religioso marianista. Ha desempeñado diversos cargos de responsabilidad en la Compañía de María y en la animación de la Vida Religiosa en Argentina y Chile. Fue Secretario General de la Unión de Superiores Generales; es asesor internacional de muchas comunidades religiosas, como predicador de retiros, facilitador de capítulos generales y conferencista, dentro y fuera de su país y del Continente. Teólogo, escritor, director de la Revista Testimonio. Asesor para América Latina de la Editorial PPC. Es Provincial de su comunidad en Chile, donde además ha sido inspirador de una experiencia de comunidad que facilita la presencia carismática de los laicos. Hace parte del Equipo de Teólogas/os Asesoras/es de la Presidencia de la CLAR, ETAP desde el 2007; ha animado la Comisión de Carisma y Laicado.

El encuentro es la categoría central de *nuestra cultura*. Tenemos que ir al encuentro de las/os demás y crear una cultura del encuentro, la amistad, el diálogo, el vínculo; se trata de construir puentes y derribar muros; y desafiar a la cultura del desencuentro, la fragmentación y el desecho. El encuentro nos cambia la vida. Además un encuentro no viene solo; tienen el efecto cascada. Nos exige pasar de la intuición a la acción y hacer el estupendo viaje que nos lleva del yo al tú y evita toda autorreferencialidad que es el real impedimento del auténtico crecimiento humano.

El encuentro se ha convertido en la Iglesia en un *verdadero "sacramento"*; significa y produce gracia. Cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios (EG 27-29). En el fondo es Jesús el que facilita todo encuentro y se hace presente en él. Por eso mismo, los encuentros son una bendición. En el fondo, es Jesús presente y actuante en nosotras/os el que nos permite y facilita todo encuentro verdadero. Por él llegamos a ser artífices de las necesarias transformacio-

nes. El Evangelio está lleno de encuentros, aunque a decir verdad, no faltan los desencuentros.

Dando un paso más, en la Vida Consagrada, el encuentro se ha transformado en la condición fundamental para que siga siendo vida y Vida Consagrada. La CLAR en este trienio 2015-2018 se ha propuesto: “Dinamizar la cultura del encuentro: una cultura del encuentro, fruto e impulso de nuevas dinámicas de relación, que se constituyen en criterio transversal de todos los compromisos que hemos asumido y de un impulso humanizador para nuestras comunidades en salida misionera”. Según el dicho africano “las montañas no se encuentran porque no se mueven”. Se precisa pagar el precio por los verdaderos encuentros. Los que van precedidos y seguidos tantas veces del perdón, la escucha, el compartir, el agradecimiento, la gratuidad.

## 1. Encontrarse es todo

Hay encuentros que se han convertido en condiciones de vida para las/os consagradas/os religiosas/os. Antes, para ser una/un buena/buen religiosa/o tenía que alejarse de los laicos, no “encontrarse con” la mujer, si era hom-

bre, con los integrantes de otras congregaciones y por supuesto de otras religiones o iglesias; alejarse de la propia familia y del “mundo”. Todo eso se consideraba peligro e incluso motivo y ocasión de pérdida de la vocación. Ahora, todos estos encuentros bien vividos enriquecen y afirman la vivencia de la Vida Consagrada; no son peligro y menos prohibición; son recursos y necesidades; el encuentro con los laicos es indispensable. Trae vida y vida en abundancia.

Bien sabemos que cuando los seres humanos se encuentran se produce un cambio. Cambio que *nos pide transformación. Eso nos recuerda y evoca Lucas* tantas veces en su Evangelio y sobre todo con el relato e icono de la Visitación. María se hace camino para visitar a su prima Isabel y llegar a encontrarla. El encuentro nos cambia la vida. Además, un encuentro nos lleva a pasar de la intuición a la acción y a hacer el estupendo viaje que nos pasa del yo al tú y evita toda autorreferencialidad que es el verdadero impedimento del encuentro; así llegamos al fecundo “nosotras/os” y así nace la sinergia. El encuentro nos mueve a revelar nuestra identidad; en él nos reconocemos diferentes y la riqueza de la dife-

rencia la hacemos complementaria. Eso ocurre, sobre todo, cuando del encuentro pasamos a la convivencia, a la compañía, a la colaboración e incluso a la corresponsabilidad.

“Encontrarse es todo” y es exigente. Si uno le confía a un grupo de jóvenes el texto de la Visitación de Lucas, no hay duda de que *nos va a compartir de manera espontánea que los encuentros verdaderos no suceden cada día; cuesta que acontezcan*. Es un gran desafío que en él se dé la acción de gracias y la propuesta comprometida. Por eso mismo, no son pocas las fiestas que se aguan y terminan mal. No logran reunir y unir a quienes acuden a la celebración y en consecuencia la celebración no llega a ser una realidad.

Tenemos que saber de encuentros ya que nos dinamizan, nos inspiran, nos vitalizan, nos acercan, nos cambian y comprometen. A modo de contexto para el tema, bien podemos hablar de los diversos encuentros que se dan al ejercitar las cuatro relaciones principales del ser humano. La vida ordinaria y la consagrada nos llevan al encuentro con

nosotras/os mismas/os y eso pide silencio, escucha, discernimiento, examen, mente y corazón. No hay duda que la comunión nace de la escucha atenta.

El encuentro con las/os otras/os desarrolla la fraternidad, la ternura, el diálogo, el vínculo, la comunidad, la convivencia, el intercambio e intercomunidad. *“Recrear el ser y el quehacer de la VC, se contribuye a través de nuevas metodologías inclusivas y significativas, que permiten reconstruir el tejido social con la participación, cooperación y aporte de los diversos actores sociales”*.

El encuentro con Dios destaca y prioriza la oración, la alabanza, la súplica, el agradecimiento, el perdón. Este encuentro es el corazón de la fe y de toda experiencia religiosa.

El encuentro con el cosmos, la tierra, la naturaleza; el que nos lleva a una vida sobria y saludable, a la alabanza al creador, al cuidado de la naturaleza, produce en nosotras/os *“una auténtica conversión ecológica que permitirá integrar una compasión pan-creacional y estimulará el cuidado de la vida y*

*de la casa común*". Nos conduce a una ecología integral.

Las tareas pastorales han tenido mucho de escuela doctrinal y a veces militante; pero no lo suficiente de escuela de oración y de experiencia de encuentro. Hay que poner encuentros en el corazón de la sociedad, de nuestros pueblos. Somos creados para el encuentro y la comunión. Para ello es necesario poner las bases de una antropología, teología, espiritualidad y de una cultura del encuentro para llegar a otra pastoral.

Estamos necesitados de una *antropología basada en la voluntad de encontrarse*: supone querer compartir espacio, tiempo, energía y necesidades. De la buena o mala respuesta al desafío de la diferencia, depende en parte, el encuentro y la cohesión social, política y religiosa de los pueblos. Estamos hechos para la relación. Tenemos capacidad y necesidad de relación. Somos seres sociales y el encuentro es la principal mediación. A quien es capaz de encontrarse y de invitar al encuentro, no le faltan ideas y creencias, convicciones y comportamientos, sentimientos y sensibilidades. Los encuentros dan sentido a nuestra vida. Arman nuestra historia.

Cuando eso ocurre, el yo y el tú toman rostro, sentimiento, cercanía. El encuentro rejuvenece. Los encuentros son espacios verdes de nuestra historia; recinto reconfortante cuando es ámbito de palabras silenciosas, acogida, presencia discreta y amorosa, fidelidad estable y algo de realidad imperecedera. El encuentro rico y valioso es una utopía que precisa cuidado, atención y trabajo. Es una tarea exigente. Se trata de generar encuentros, de sostenerlos y de profundizarlos y no dejarlos interrumpidos y a medio camino.

*Así llegamos a una teología del encuentro*. La experiencia de Dios no se realiza en la interioridad sino en la historia, en el acontecer, en los encuentros. Una auténtica propuesta de encuentro con Jesucristo, debe establecerse sobre el sólido fundamento de la Trinidad-amor. (240 Aparecida). En el encuentro auténtico más de una vez descubrimos que el Espíritu está sobre nosotras/os y nos ha ungido para dar la buena noticia a los pobres. En el Evangelio encontramos con frecuencia a Jesús dando instrucciones para llevar a cabo los encuentros. Caminar en grupo es una imagen transversal del anuncio del Reino

de Jesús. Nos invita a dar nuevos pasos en el amor hacia todas/os.

Existe una *auténtica espiritualidad del encuentro que implica, pide y ofrece un itinerario para lograrlo*. El encuentro es el corazón de la mística y el concepto nuclear del Evangelio. Después de Jesús, la historia y el cristianismo nos ofrecen una larga lista de hombres y mujeres que tuvieron el carisma del encuentro y que se iniciaron en el encuentro vivo y verdadero. Por la calidad de sus encuentros muchos se hicieron santos y avanzaron por el camino de la vida en el Espíritu, se liberaron del mal y entraron en la comunión, adoraron al Padre y sirvieron a la creación entera. La oración es encuentro, un medio y un modo de encontrarnos y comunicarnos con Jesús. Por ser encuentro nos permite gustar la cercanía de Dios en la historia. Nuestras celebraciones tienen que ser encuentros y cada uno de nuestros encuentros celebraciones. Cada encuentro que vivimos, se convierte en un signo. Hay que descifrarlo y explicarlo.

Así llegamos a la realidad de la *cultura del encuentro*: la favorece el turismo, la migración bien llevada, la interculturalidad ejer-

citada, la participación social, la pluralidad y el compromiso, la desaparición de fronteras, la acogida-escucha, el intercambio de estudiantes, el trabajo en red, la comunicación intensa. Si se globalizara el encuentro se construirá un nuevo talante de persona y desaparecerá la xenofobia. Nos encaminamos a la inclusión, al compromiso cercano, a la diversidad, a la sensibilidad por el que sufre, a la fragilidad, a la necesidad de la presencia y del contacto, a la preferencia del color y de la intensidad, de lo global y de lo local.

## 2. Encontrarse es todo para las/os religiosas/os

En el fondo, los encuentros, como ya hemos visto, son variados y a todos ellos tenemos que acudir sin negociar nuestra identidad. Vamos a centrar nuestra atención en los propios de la Vida Consagrada y en uno que es especialmente significativo: El encuentro de las/os religiosas/os y laicos en este momento de la vida de la Iglesia y del mundo.

“Nuestro mundo, la Vida Consagrada, necesita de Visitación, de una Vida Consagrada *con iniciativa y experiencia de encuen-*

tros, que deje sus seguridades, que salga, atenta a las necesidades de las y los demás, que cuide la vida que hay en ella y en donde quiera que esté germinando o tenga posibilidades de darse; así entendemos la VC vinculada con la tierra y el cuidado de la casa común”<sup>1</sup>.

En la Vida Consagrada y en la vida diaria, somos lo que somos por los encuentros que hemos tenido. Para nosotras/os son importantes:

- El encuentro con otras/os religiosas/os de la misma comunidad y congregación.
- El encuentro con religiosas/os de otras congregaciones.
- El encuentro de los hombres religiosos con las mujeres religiosas o laicas y la inversa.
- El encuentro con la propia familia.
- El encuentro con los laicos.
- El encuentro con los integrantes de otras religiones e iglesias.

El gran desafío para la/el religiosa/o de hoy está en llevar *al diario vivir la ascética y la mística del encuentro*. En el contexto del encuentro aprendemos varias lecciones para asumir la espiritualidad y la misión en contexto de nuestros días. Lo mejor es encontrarnos con la vida. No es poca lección la de la fecundidad; fecundidad que busca el hombre y la mujer de nuestros días. El daño ecológico está siendo grande y la esterilidad crece en dimensiones importantes de la VC; grande tiene que ser la entrega para llegar a una fecundidad. Eso se aprende en la práctica del auténtico encuentro.

Por supuesto que hay que dejar que se alce la voz frente a la complejidad del mundo actual. Frente a esa realidad se impone ofrecer la alternativa de lo simple, lo esencial, lo cercano y la sobriedad que hasta tendrá repercusión en una ecología integral y en la que a Jesús se le pone delante y en el centro de la vida y de la historia ya que nos lleva de una u otra forma al sentido profundo de la misma. Cuando la Vida Consagrada *llega a revivir el*

---

<sup>1</sup> Hna. Mercedes Casas, prólogo del libro *Salgamos al encuentro de la vida. María e Isabel iluminan la Vida Consagrada*, José María Arnaiz, Paulinas, Bogotá, 2016, p. 7

*encuentro se ve obligada a alzar su voz frente a la complejidad del mundo actual, hacer opciones de vida sobria como las pedidas por Laudato Si.*

No hay duda de que el Magnificat no salió de los labios de María como una “canción de guerra”, como “una porción de dinamita” (C. Halkes). Sí, es una canción de liberación, de compromiso y de encuentro. Es, también, un canto de esperanza. María confía en que Dios llegue a invertir la relación de poder en la sociedad y se genere paz, solidaridad y generosidad. *Aspira a que los ricos se liberen de la riqueza, a compartir y a que los pobres salgan de la pobreza.* Es el sueño y deseo más urgente de los encuentros de la humanidad. Pasa por la denuncia, la injusticia, la opresión y el anuncio del entendimiento y la solidaridad. Ellas tienen una especial sensibilidad para denunciar lo que el ser humano precisa rechazar para conseguir vida, crecer, madurar y dar mucho y buen fruto.

### 3. Encontrarse es todo para los laicos y las/os religiosas/os

Nuestro gran desafío en este campo está en pasar de la sepa-

*ración al encuentro.* No hay duda de que la Vida Consagrada, como ya hemos dicho, tiene una historia en la que la palabra separación, distanciamiento ha sido clave. Por ser religiosas/os debían tomar distancia de los laicos, del “mundo”, de la calle, de la vida sociopolítica; desde esta perspectiva el encuentro, la compañía, la amistad podían llegar a ser hasta peligrosas. El mensaje ahora es bien distinto: “Encontrarse es indispensable para todas/os”. El encuentro supone cercanía, presencia, interacción, diálogo, amistad, lugares comunes y tareas compartidas, apoyo.

La meta que tenemos por delante es ambiciosa: llegar a una adecuada explicitación de lo que supone pasar de trabajar los laicos “para” las/os religiosas/os, a trabajar “con” las/os religiosas/os. Este giro y este cambio de preposición, es decisivo. Ello le supone a la/el religiosa/o y al laico saber delegar; potenciar cada vocación; complementarse en la acción; tener un común modo de ejercer la misión y poder ser un proyecto misionero conjunto.

Esto no se consigue si no se *cultiva la confianza recíproca.* Esta

no puede faltar para que esta mutua relación que llega hasta la participación y corresponsabilidad pueda darse y funcionar bien. Indispensable, también para el encuentro es, *mantener el espíritu del carisma*. Reto importante es lograr que perviva, que ocupe un lugar fontal en las personas y en las instituciones en las que los laicos van a participar, que lo permee todo y que el carisma se convierta en misión.

*Por supuesto, hay que ser conscientes de que no habrá misión compartida sin vida compartida.* Hablar de vida compartida es un paso más. Así se dan los auténticos encuentros. Sólo así nos encontramos en actividades que nos reúnen, integran y fortalecen. La vida compartida irá creciendo y adquirirá nuevos estilos en el futuro. Si estamos abiertos a aprender unas/os de otras/os, laicos de las/os religiosas/os y las/os religiosas/os de los laicos fortaleceremos juntos la misión y la espiritualidad. *La vida compartida pide intensidad en el intento; exigencia y entrega.* Pide cariño y afecto. Exige, también, una cultura común y unas expresiones culturales que nacen de las mismas intuiciones carismáticas y llevan a una comunión, que va más allá de

la misión. Jesús nos llama a beber juntos del agua viva (Jn, 4, 10), a reunirnos para orar, a compartir la espiritualidad desde el corazón. Se necesita seguir desarrollando estructuras que impulsen esta dimensión como retiros conjuntos de laicos y religiosas/os, experiencias de formación conjunta y vitalidad carismática. Encontrarse conjuntamente es un espacio privilegiado para conocernos mejor, aceptarnos como somos y vivir la comunión con Jesús que juntos, también nos envía en misión. A medida que vamos caminando juntos surgirán nuevas fórmulas de relación y cada vez más profundas que exigirán, sin forzar, nuevas estructuras que acojan e impulsen una mayor vitalidad. La formación conjunta revitaliza la historia personal y la de los grupos. El crecimiento en la vocación religiosa y laical conlleva a profundizar momentos vitales. Estos procesos formativos ayudan a crecer. Estos procesos son integrales y abarcan diferentes dimensiones humanas, cristianas y propias del concreto movimiento laical o congregación religiosa. Todo ello favorece los diversos modos de centrar toda nuestra vida en Cristo.

El símbolo que lo visibiliza es el de la mesa redonda. “Como

ramos de olivo en torno a tu mesa, Señor, así son los hijos de la Iglesia”. Ahí están laicos y religiosas/os. En torno a la mesa se sientan, se reúnen. Nos sentimos cerca y a veces unidos. Cuando estamos a la mesa pareciera que no tenemos prisa, compartimos, nos importamos, nos estimulamos. La mesa hace comunidad. Junta vidas.

Las Familias Carismáticas son el verdadero horizonte de la Vida Consagrada y laical encontrada. Pareciera que lo que se precisa en este momento no es tanto ensanchar la tienda sino *construir juntos una tienda nueva donde todas/os, laicas/os y religiosas/os*, encontremos nuestro lugar y así demos una mayor vitalidad al carisma. Ello lleva a concluir que no sirven la resignación y la frustración sino la búsqueda de nuevos caminos de la vitalidad carismática. Para ello tenemos que llegar a encontrar una *nueva y viable estructura* bajo la cual se integren y entren en comunión personas de una y otra forma de vida cristiana, agraciadas con el mismo don carismático. Eso es una familia carismática. *Una parte de la Iglesia entendida como pueblo de Dios en comunión cuyas distintas voca-*

*ciones, servicios y modos de vida ni se imponen, ni se superponen, sino que caminan por la vida completándose para bien de todas/os y en el servicio del Reino*<sup>2</sup>.

De las formas de vida y misión se llega a la Familia Carismática (FC); es una nueva y grande forma y estructura de encuentro; asume con profundidad la realidad de la Iglesia comunión que es la mejor expresión de la unidad en la diversidad. Es una comunión que nace de la diversidad -laico-religiosa/o- y que lleva a la integración profunda que nace de un mismo carisma vivido y transmitido. No hay ninguna duda de que para llegar a crecer en la comunión, hay que apoyarnos, afirmar las diferencias y hacerlas complementarias. Por ese camino se termina en algo nuevo; en un odre nuevo para vino nuevo. Eso es una FC. Los encuentros, como ya habíamos señalado antes, desarrollan y refuerzan el sentido de pertenencia y de solidaridad en el interior de las diversas comunidades y de la FC. Así se nos invita a *“Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión”* (NMI 43). Vida compartida y misión compartida *nacen de una visión com-*

<sup>2</sup> A. Botana, *Compartir carisma y misión con los laicos, la Familia evangélica como horizonte*, Frontera Egain, n. 62

*partida que a su vez nace del carisma común. Para que todo esto se consolide bien hay que llegar a una formación compartida que no hay duda de que tiene como tarea importante fomentar una teología común, una espiritualidad compartida, un proyecto misionero común y una visión de realidad sociocultural común. Soy un convencido de que un carisma que no se hace cultura no tiene ningún futuro y no lo tiene la institución correspondiente<sup>3</sup>. Fomentar una cultura común es crear un modo de pensar, de sentir y de proceder cercano.*

*El encontrarse de laicos y religiosas/os es exigente; pasa por un necesario cambio de mentalidad: metanoia y conversión. La visión y propuesta de “vida y misión compartida” está implicando y exigiendo mucho más de lo que se sospechaba. Está llevando más allá de las barreras, divisiones y separaciones de los “estados de vida cristiana” a unos encuentros exigentes. Supone audacia y creatividad; asumir un itinerario de conversión; pide movernos, “remar mar adentro en la misma barca”, “pasar a la otra orilla”. Nos lleva a ser itinerantes. Nos deja*

*con la fuerte convicción de que la vida y misión compartida no es algo opcional; es algo necesario e incluso indispensable.*

*Los procesos personales para la integración de los encuentros son bien diversos. Este proceso les toca hacerlo a religiosas/os y laicas/os concretos. Al recorrerlos se consigue pasar una puerta que nos deja dentro de la casa, dentro de la familia. Para ello, por supuesto, hay que haber recibido una llamada para entrar y leído en el frontispicio de la casa el nombre de la familia, que viene del carisma; y el apellido, que viene del grupo en el que uno se integra. Así se comienza a vivir una doble pertenencia: al grupo o rama concreta y a la familia, al árbol total. Uno es rama y es árbol.*

*Así poco a poco esa vocación se transforma en proyectos de vida y de misión. En esos proyectos hay llamada a vivir la radicalidad evangélica, a reforzar el sentido de comunidad frente al individualismo, a transformar la sociedad para superar la pobreza y la injusticia, a transmitir y formar en la fe. Esos proyectos están necesitados de personas con un deter-*

<sup>3</sup> J. M. Arnaiz, *Un carisma hecho cultura*, Ediciones claretianas, Buenos Aires, 2011

minado perfil. Solo ellas lo harán realidad. La fuerza carismática se encarna en la comunidad.

Los auténticos encuentros nos piden llegar a tener un lenguaje común. Es muy importante al crear una realidad nueva elaborar un lenguaje que nos permita “decir” y “nombrar” lo que nace; un lenguaje compartido que expresa, vincula, ahonda, comparte y transmite experiencias fundantes. Evoca raíces. Pero sobre todo nos habla de un presente prometededor. Da sentido y renueva. Incorpora con fuerza el “nuestro” y el “nosotras/os” propios de la vinculación, de la posesión común y del compromiso.

La dinámica de los encuentros entre laicos y religiosas/os encaminará a fortalecer los lazos entre los integrantes de la FC y también entre los diferentes grupos que la constituyen. Estas estructuras tienen varias proyecciones: una hacia una mayor y mejor asimilación del carisma, pozo donde todo mana. Otra sería la mejor integración de los componentes de la FC. Una tercera finalidad sería reafirmar y ahondar la interdependencia entre los grupos. Una cuarta proyección se encamina a fortalecer la fidelidad creativa.

Todo este proceso de encuentros de laicos y religiosas/os es un salto significativo en la vida de la Iglesia. Tiene que ser bien presentado y debe recoger, en primer lugar, la dimensión carismática, fuente de toda la vida del grupo. Debe incluir también las grandes metas de la institución, las formas de pertenencia, los modos de animación y las estructuras organizativas, las exigencias principales de la vida espiritual y comunitaria, de servicio y entrega a la misión. Para su elaboración se debe contar con la participación de todas/os pero cada uno lo hará desde su condición o nivel de pertenencia. Este documento no puede carecer de un tono profético y también de un original modo de gestión.

#### 4. Ampliar la tienda, habitarla y llenarla con el calor del amor primero

El proceso hasta llegar a una real vida y misión compartida puede ser largo. Hay que seguirlo con atención ya que puede debilitar la identidad, diluir los perfiles y exigencias de la vocación tanto de las/os religiosas/os como de los laicos. La apertura de los grupos a la comunión es algo decisivo. Es importante que la comuni-

dad, tanto de religiosas/os como de laicos, se abra y deje de ser un círculo cerrado y se transforme en una espiral abierta. El gran reto es conseguir que todas/os lleguemos a retomar la historia y encontrar encarnaciones señeras de ese carisma. En esa historia se encontrarán anécdotas, acontecimientos, visiones, mensajes, celebraciones, inicios, mitos y creencias. Solo así rebrotará el carisma y renacerá con una vitalidad única y fresca. *Así llegamos a la necesaria refundación.* La fidelidad creativa mantiene la dimensión carismática y evangélica de la Iglesia; esa fidelidad ahora no actúa solamente desde y al interior de un Instituto religioso sino desde los diversos grupos que componen la familia carismática.

Varias veces hemos hecho alusión. Ella nos exige: la necesaria reflexión teológica para que se pueda dar este paso en la vida cristiana con tino y sabiduría. Pero se precisa, también la narración y la comunicación. Hay necesidad de comunicarnos más sobre los caminos recorridos por grupos diversos en la Iglesia, para hacer este nuevo tramo de vida de la misma. Lo que se vive hay que convertirlo en imágenes, palabras y gestos. Se precisa narrarlo y ha-

cerlo bien. Hay camino hecho y en parte, como barca en alta mar llevada por el soplo y a veces por el viento del Espíritu en medio de vertiginosas corrientes del cambio de época y de significativos cambios en la Vida Consagrada y laical y en el conjunto de la Iglesia. En ese contexto poco a poco vamos configurando y siendo configurados en este escenario de nueva eclesialidad y nueva ciudadanía en el que se están gestando y, no sin dolor, las nuevas familias carismáticas y también el nuevo modo de vivir la Vida Religiosa y laical.

Para concluir quiero afirmar que lo que urge actualmente a la Vida Religiosa es una ética, una estética, una poética de la existencia, una mística de los sentidos abiertos para contemplar la realidad a la luz de la palabra y emprender, desde esta intimidad amorosa, un camino siempre nuevo. Sólo así será un camino hecho en compañía; en la de los laicos con las/os religiosas/os. Hay que dar con el momento y el lugar en el que comienza lo nuevo. La poeta María Wine confía que, “*en algún lugar*”, quedará un espacio y un programa abierto a la esperanza porque encara el presente con lucidez de espíritu:

*En algún lugar  
Tiene que haber un rayo de luz  
Que disipe las tinieblas del futuro  
Una esperanza que no se deje  
matar  
Por el desencanto  
Y una fe que no pierda  
Inmediatamente la fe en sí misma*

Corren “tiempos recios”, decía Santa Teresa, en los que se precisan “amigos fuertes de Dios” ya que la fe en algunos lugares está en riesgo. La misión sigue siendo mucha e incluso ardua, delicada la tarea y exigente el compromiso. La forma de llevarla a cabo en el s. XXI tiene que llegar a ser bien distinta y todo el empeño se debe poner en que se coopere en la obra común y de manera unánime. Hay religiosas/os y laicos que tienen que dejar de hacer determinadas cosas y comenzar a realizar otras. Para ello tienen que llegar a convertir los gritos de la gente en clamores del Espíritu, en convicciones compartidas y compromisos de nueva forma de Vida Consagrada y cristiana.

No hay duda de que si una *Congregación religiosa replantea su función y su manera de estar al interior de una familia carismática y de la Iglesia a partir de su nueva relación con los laicos este simple hecho llevará a una verdadera refundación y a una nueva forma de vida*. Bien podemos parangonar la frase de San Agustín y decir que *con los laicos, la/el religiosa/o es cristiana/o; para los laicos es religiosa/o. El laico con las/os religiosas/os es cristiana/o y para nosotras/os es laico*.

Estas páginas se han escrito para que sigamos descubriéndolo, anticipándolo y haciéndolo presente juntos, religiosas/os y laicos. En manos del Señor están nuestras Vidas Consagradas a la vivencia de un carisma. No hay duda de que un nuevo encuentro, una mayor compañía e interacción entre laicos y religiosas/os llevará a hacer y ser más de lo que hacemos y somos. Juntos somos más y mejores. Esto exige tienda nueva.